

UNION EUROPEA

La crisis del coronavirus sirve para hacer evidente muchas cosas que estaban ahí pero que resultaban invisibles para mucha gente. De golpe se han visualizado los efectos de los recortes sanitarios, las condiciones de muchas residencias de ancianos, qué tipo de empleos son esenciales para nuestro bienestar... Ni la Casa Real ha podido esconder sus vergüenzas. Y también le ha tocado el turno a la Unión Europea.

España fue durante años uno de los países más europeístas de la UE. Se asociaba esta institución a la democracia avanzada, el estado del bienestar y la modernidad. Y aún que es cierto que los diferentes países europeos contienen algo de esto, la Unión Europea como institución nunca lo ha sido. No es un supra-estado democrático que garantice bienestar a toda su población. Es más bien una construcción institucional en la que quedan garantizados algunas cuestiones- fundamentalmente la libre circulación de bienes y capitales- y en la que el enfoque dominante es más el de competencia entre sus miembros que el de cooperación. En realidad, combina dos lógicas- la del neoliberalismo al que son adictas buena parte de las élites económicas (y que representa los intereses de las grandes empresas) y la de los intereses nacionales de los países que tienen más poder. No hay en ello ninguna voluntad de establecer un desarrollo compartido. Cuando las cosas van mal cada país trata de imponer sus intereses y sus visiones ideológicas. Lo vimos en la crisis del 2008 y lo acabamos de ver estos días. Los países más poderosos o más ricos expresan no solo su egoísmo (en parte reflejo de lo que piensa su población) sino también su racismo latente respecto a los países del sur y del este. No deja de resultar sarcástico que un país como Holanda, un verdadero paraíso fiscal, trate de imponer moralidad a los malgastadores del sur. Sólo los ingenuos podían esperar de la U.E. europea una respuesta solidaria, ágil y combinada. Y en esto tampoco hay mucha crítica moral creíble, cuando los países pobres de la U.E. aplican la misma lógica respecto a sus vecinos extracomunitarios: las vallas, los CIES, la ausencia de políticas de ayuda a los países pobres sigue la misma lógica que nórdicos y germánicos aplican con nosotros. Ante una crisis global ni el neoliberalismo ni el nacionalismo son soluciones prácticas ni éticamente aceptables. Salir bien de esta crisis, y de las que están por venir, exige un nuevo tipo de cosmopolitismo basado en considerar que toda la humanidad está enfrentada a unos problemas comunes y debe desarrollar soluciones universales. Nos hace falta construir otro tipo de instituciones, o transformar profundamente las actuales.